

Una historia demasiado reciente y en vías del olvido:

Por Miguel Núñez Mercado

El primer síntoma de la pandemia, en La Calera, fue el alza de las mascarillas. Aunque el virus aún no se propagaba desde una lejana región de China, el valor de los "tapabocas" se triplicó en las farmacias caleranas. Es la primera nota que escribimos sobre el flagelo que, unos meses después, se nos haría cotidiano por mucho tiempo, y hasta ahora.

Entre los caleranos, la pandemia se comenzó a vivir antes que anunciara oficialmente el 31 de diciembre de 2019. La demora de un comerciante chino, por volver a abrir su negocio en la ciudad, provocó la alarma. Desde "El Observador" lo tuvimos que ubicar telefónicamente en el país asiático -a miles de kilómetros, en la ciudad de Wuhan- donde supuestamente se inició el contagio que luego sería mundial.

En una media lengua -desde el otro lado del planeta- el comerciante explicó que había ido a la celebración del Año Nuevo Chino y que, por la aparición del virus, su país había cerrado los aeropuertos. Cuando regresó, y mantuvo, por obligación sanitaria, su negocio de calle Caupolicán

cerrado por un tiempo, los creativos caleranos de su falsa alarma.

El primer caso de contagio de coronavirus -como se le llamó al comienzo- que se conoció en Chile ocurrió el 3 de marzo de 2020. Era un médico y se descubrió en un hospital de Talca y el enfermo había vuelto de un viaje por el sudeste asiático, donde había visitado países como Singapur, Indonesia, Malasia y España. Entonces, en La Calera la alarma estaba instalada en la imaginación ya hacía un buen rato.

La primera calerana que sufrió el contagio, fue una pe-



Aún hay huellas, literales, de la distancia que se debía mantener entre los caleranos

riodista de Artificio. Era reportera de televisión y su imagen en un video, tosiendo y con la respiración entrecortada, fue vista por millones de personas. Gracias a ella -que vivía y trabajaba en Santiago- los chilenos conocieron "en vivo" lo que ya se nos estaba viniendo encima.

Aunque, la mayoría de los caleranos se sentían a resguardo del coronavirus y seguían sus vidas como si nada; u obligados, por sus condiciones económicas. Una alerta importante la dio el doctor Sebastián Rossel, entonces médico del Hospital de La Calera. Estaba alarmado por la displicencia de los caleranos, que andaban por las calles sin mascarillas y hasta besuqueándose.

EL PRIMER CONTAGIO

Hasta que el coronavirus llegó, oficialmente, a La Calera. El primer contagiado a fines de marzo de 2020, fue el pastor de una iglesia evangélica cercana al centro. Había contraído el virus en una reunión con sus colegas en un encuentro en una comuna cercana a Santiago. Ante el hecho, algunos caleranos no hicieron muchos méritos de ser parte de la "ciudad cariñosa" y apedrearon el templo y la casa del religioso.

Cuando el pastor se recuperó milagrosamente de la enfermedad -aún con falta de aire en sus palabras- relató con detalles, lo que había pasado para sobrevivir. El aislamiento, el tubo que le llevó el aire a sus pulmones, los días inconsciente. Hasta la visita de un ser superior que, en sueños, lo habría conminado a resistir y salir adelante.

Pese a que había prohibición de informar sobre las identidades de los casos de coronavirus, el pastor dio la cara y, valientemente, narró lo vivido y pidió a los caleranos que se cuidaran y envió su perdón a los que le apedearon la casa y el templo, le rompieron el techo y le rompieron los vidrios.

LA CIUDAD EN PANDEMIA

Entretanto, la ciudad ya había comenzado a prepararse para la pandemia y se la había tomado en serio. Los rostros se guardaron tras los tapabocas, las distancias físicas se cumplieron y cambió hasta la forma de saludarse entre los siempre efusivos y ardorosos caleranos. El apretón de manos y los besos en las mejillas se convirtieron en un solo y leve toque de puños u apagados "holas" a distancia.

En el piso de las veredas



Los funcionarios de la Salud fueron los héroes y heroínas de los dos años de pandemia.

de algunos locales se pintaron huellas de pisadas (que aún se mantienen). Era la ubicación que se debía mantener, de un metro entre una y otra persona, porque se había descubierto que el virus era de los gordos y grasos y su peso no le permitía mantener una distancia mayor en el aire. Subieron de valor -otra vez- las mascarillas, que cambiaron de diseño, se reforzaron y hasta le dibujaron

sonrisas. También las toallitas desechables y el modesto alcohol gel -con bastante agua- llegó a precios superlativos.

Se obligó al cierre de los negocios que reunían personas en su interior y en los otros sólo se permitió un ingreso limitado. Aparecieron las cadenas en los ingresos y los carteles donde se indicaba el escaso número de los que podían atenderse al mismo tiempo. Sorprendente-

cómo se vivió la pandemia en La Calera

mente, muchos negocios que no podían funcionar, llenaron sus vitrinas con artículos de limpieza para sortear el impedimento.

Entretanto, había algunos que daban recetas "caseras" para derrotar el mal: desde los tragos con cloro hasta la aspiración de humos de hierbas, entre otras cosas mucho más terribles. Varios llegaron a los centros de salud con los problemas provocados más por el remedio que por el virus. Los funcionarios de salud se convirtieron en héroes y los bomberos les rindieron sonoros y encendidos homenajes, pero de lejíto.

Otra costumbre -aunque nacional- tuvo por escenarios las mañanas, cuando el entonces ministro de Salud -u otro funcionario de esa secretaría de Estado- daba la funesta cuenta de los muertos y contagiados diarios, que no andaban para nada cerca de las cifras ciertas. También de las ciudades que entraban o salía de la cuarentena u otros estados de emergencia. La Calera, a mediados de la pandemia, ya había pasado por todos y por largos ratos.

GLOBOS NEGROS A CAMBIO DE FLORES

Sin embargo, más allá de todo lo vivido, La Calera ya

había expuesto su condición de tradicional "Ciudad Solidaria". Pese a que había prohibiciones de informar sobre enfermos o muertos por los contagios, entre los caleranos se sabía todo y con clara evidencia. Los fallecidos debieron partir rápido a sus sepulturas y con los ataúdes sellados.

Entretanto, los caleranos entraban y salían de cuarentenas. Las familias debieron cobijarse en sus hogares. El hastío de los días guardados dejó en evidencia la dificultad de la vida confinada. La violencia familiar ocupó -junto a los que violaban las restricciones sanitarias- los primeros puestos de las denuncias que recibían los Carabineros (que también se contagiaron en patota) y la Fiscalía Local de La Calera.

Aunque las luchas políticas y electorales no se detuvieron. Los caleranos participaron en Primarias, Plebiscitos, Elecciones -y, aunque atrasadas- de Alcalde y Concejales, de Gobernador Regional, de Convencionales; de Diputados; de Consejeros Regionales y hasta un par de vueltas de elecciones para elegir Presidente de la República.

También Unión La Calera perdió un sorprendente parti-

do que iba ganando dos a cero y "con baile" a la Universidad de Chile, lo que salvó a este último club de bajar de división. No tiene mucho que ver con la pandemia, pero el juego también fue hartos sospechosos. También, los "rojos" ocuparon un "palo blanco" para sortear la enfermedad del arquero.

TIEMPOS VIRTUALES y ENCERRADOS

Los niños perdieron dos años de sus vidas como sujetos sociales. No pudieron ir a la escuela, no jugaron en el patio del colegio o en las

calles y vivieron con sus ojos en los teléfonos celulares, los computadores o en clases virtuales, que, muchas veces, se prestaron para la chacota. Los púberes se perdieron, quizás, una de las mejores etapas de la vida, encerrados en sus casas. Por largos periodos no llegaron a vivir el amor romántico, que sólo se disfruta en esa etapa de la existencia donde todo es emoción y sentimiento.

Los jóvenes mayores de primeras performances se-

xuales. Los adultos -he hicimos un par de reportajes sobre el tema- unieron a sus consumos habituales productos especiales de la "Casa del Sexo" y de otros locales que atendían virtualmente por internet. La situación económica llegó a extremos que no se veían desde décadas. Debieron cerrar algunos comercios y los ambulantes se tomaron -hasta ahora- el centro calerano. La posibilidad de retirar de sus cuentas de las AFP el 10% alivió un poco el drama. Luego los IFE, medios tardíos,

ayudaron otro poco.

Hasta que llegaron las vacunas. En la ciudad fueron los adultos mayores los primeros que, literalmente, pusieron el hombro. Con los demás caleranos, costó un poco, porque hubo algunos que creyeron en acciones conspirativas, en negocios de los grandes laboratorios y hasta una estrategia mundial para deshacerse de algunos millones de "viejos". Hasta que primó la cordura y los caleranos llegaron, una y otra vez, a inocularse contra el virus, que ahora se llamaba Covid-19 y que hasta ahora convive con todos, porque vino para quedarse.

Oficialmente, más de 80 caleranos murieron por la pandemia. Unos 10 mil estuvieron entre los contagiados en la ciudad. Ambas cifras pueden ser más, porque los síntomas, a veces, se confundían. Pese a estas y otras cifras que abarcan otras áreas, hay una serie de síntomas que aparentan señalar que la pandemia vivida en la ciudad -y en Chile y el mundo- está en vías de olvido. Nunca hace mal hacer un recuento de la historia, porque, dicen, ésta tiende a repetirse. Y, si no se repite, que quede para la Historia lo vivido.



Las mascarillas fueron el distintivo más importante durante el periodo que la ciudad sufrió los rigores del Covid 19.